

ADMINISTRACION JENERAL,
CALLE DE BUENOS-AIRES N.º 207.

Este Diario se publica por la IMPRENTA
DE SU NOMBRE, establecida en la calle de
Buenos-Aires número 207. La suscripción DOS
PESOS al mes y TRES PESOS para la
villa de la Unión. La suscripción se PAGA ADE-
LANTADA en ambas partes.

EL ÓRDEN.

ÓRGANO DEL PARTIDO DE LA DEFENSA.

AGENCIAS DE ESTE DIARIO.

Se reciben suscripciones en su administra-
ción, en la Librería Nueva calle de 25 de mayo
número 207, en la Librería Argentina del Sr.
Barra calle de las Cámaras número 92, y en la
Librería de la casa Rosa Bonnet y Ca. de París,
calle del 25 de Mayo número 250 y 252. Los sus-
critores solo se reciben en su oficina calle de Buenos
Aires número 207.

ULTIMAS FECHAS.		OMNIBUS DE LA UNION.	CORREOS Y DILIGENCIAS PARA EL INTERIOR.	ALMANAQUE.	EFEMER. Y ANIVERSARIOS.
EUROPA.					
LONDRES . . . 9	enero.				
BRUSELAS . . . 8	id.				
PARIS . . . 7	id.				
BERLIN . . . 6	id.				
VIENNA . . . 5	id.				
BOLOGNA . . . 4	id.				
ROMA . . . 3	id.				
NAPLES . . . 2	id.				
MILAN . . . 1	id.				
AMÉRICA.					
BUENOS AIRES . . . 21	dic.				
BAHIA . . . 20	id.				
BOSTON . . . 19	id.				
HABANA . . . 18	id.				
VALPARAISO . . . 17	id.				
RIO JANEIRO . . . 16	id.				
SANTO DOMINGO . . . 15	id.				
MONTEVIDEO . . . 14	id.				
AFRICA.					
CAIRO . . . 13	id.				
ALGER . . . 12	id.				
TUNIS . . . 11	id.				
ORAN . . . 10	id.				
ALGER . . . 9	id.				
CAIRO . . . 8	id.				
ALGER . . . 7	id.				
CAIRO . . . 6	id.				
ALGER . . . 5	id.				
CAIRO . . . 4	id.				
ALGER . . . 3	id.				
CAIRO . . . 2	id.				
ALGER . . . 1	id.				

LITERATURA.

¿Quién es el público, y donde se
le encuentra?

(Artículo robado)

El doctor tú te lo pones,
El Montañés no lo tiene,
Con que quitándole el don
Vienes a quedar Juan Pérez.

Epigrama antiguo contra el doctor
D. Juan Pérez de Montalván,

Yo vengo a ser lo que se llama en el
mundo un buen hombre, un infeliz, un po-
bre, como ya se echará de ver en mis
escritos; no tengo mas defecto, o llámese
obra si se quiere, que hablar mucho, las
mas veces sin que nadie me pregunte mi
opinión; váyase por que otros tienen el no
hablar nada, aunque se les pregunte la su-
ya. Entrémeto en todas partes, como un
pobre, y fíjome en mi opinión y la digo,
venga o no al caso, como un pobre.
Esta primera idea de mi carácter pue-
de ser inocente, nadie estrañará que me
halla hoy en mi bufete con gana de hablar,
y sin saber que decir; empujéme en escri-
bir para el público, y sin saber quién es el
público. Esta idea, pues, que me ocurre
al sentir tal comenzo de escribir será el ob-
jeto de mi primer artículo. Efectivamente
me dedico a nuestras vijilias y ta-
páguenos saber con quien nos las
hacemos.

Esa voz pública que todos traen en boca,
siempre en apoyo de su opiniones, ese co-
ordinador de todos los partidos, de todos los
pareceres, ¿es una palabra vacía de senti-
do, o es un ente real y efectivo? Segun lo
mucho que se habla de él, segun el pape-
n que hace el mundo, segun los epítetos
que se le prodigan y las consideraciones
que se le guardan, parece que debe de ser
alguien. El público es ilustrado, el públi-
co es indulgente, el público es imparcial,
el público es respetable no hay duda, pues,
en que existe el público. En esto supues-
to, ¿quién es el público y dónde se le en-
cuentra?

Salgome de casa con mi cara infantil y
obalicame a buscar al público por esas ca-
sas, a observarle, y a tomar apuntes en
mi registro acerca del carácter, por me-
jor decir, de los caracteres distintivos de
ese respetable señor. Paréceme a prime-
ra vista, segun el sentido en que se usa
generalmente esta palabra, que tengo de
reconocerle en los días y parajes en que
se reúne mas jente. Elijo un domi-
ngo, y donde quiera que veo un número gran-
de de personas llámolo público a imitación
de los demás. Este día un sinnúmero de
feministas y de jentes ocupadas o no ocu-
padas el resto de la semana, se afita, se
auda, se viste y se perfila, veo que a pri-
mera hora llena las iglesias, la mayor par-
te por ver y ser visto, observa a la salida
de esas interesantes, los talles esbeltos,
los pies delicados de las bellas devotas, las
aceñas, las sigues, y reparo que a se-
gunda hora va de casa en casa haciendo una
danza de visitas; aquí deja cartoncito
en su nombre cuando los visitados no es-
tan o no quieren estar en casa; allí entra

habla del tiempo que no le interesa, de la
ópera que no entiende, etc. Y escribo en
mi libro: "El público oye misa, el públi-
co coquetea (permítase la especieción mien-
tras no tengamos otra mejor), el público
hace visitas, la mayor parte inútiles, recor-
riendo casas, a donde va sin objeto, de
donde sale sin motivo, donde por lo regu-
lar ni es esperado antes de ir, ni es celi-
do de menos despues de salir; y el público
en consecuencia (sea dicho con perdon su-
yo) pierde el tiempo, y se ocupa en fue-
tesas: "idea que confirmo al pasar por la
Puerta del Sol.

Entromé a comer en una fonda, y no sé
porqué me encuentro llenas las mesas de
un concurso que, juzgando por las facultades
que parece tener para comer de fonda,
tendrá probablemente en su casa una co-
mida sabrosa, limpia, bien servida, etc., y
me lo hallo comiendo voluntariamente, y
con el mayor placer, apiñado en un lugar
incómodo (hablo de cualquier fonda de
Madrid), obstruido, mal decorado, en me-
sas estrechas, sobre manteles comunes a
todos, limpiándose las babas con las del
que comió media hora antes en servilletas
sucias sobre toscas, servidas diez, doce,
veinte mesas, en cada una de las cuales
comen cuatro, seis, ocho personas, por uno
o solos dos mozos mugrientos, mal enca-
rados y con el menor agrado posible: repi-
tiendo este día los mismos platos, los mis-
mos guisos del pasado, del anterior y de to-
da la vida; siempre puercos, siempre qual
aderezados: sin poder hablar libremente por
respetos al vecino; bebiendo vino, o por
mejor decir, agua teñida o cocimiento de
campecho abominable. Digo para mi ca-
pote: "¿Qué alicientes traen al público a
comer en las fondas de Madrid?" Y me
contestó: "El público gusta de comer
mal, de beber peor, y aborrece el agrado,
el asco y la hermosura del local."

Salgo a paseo y en materia de paseos
me parece difícil decidir acerca del gusto
del público, por que si bien un concurso
numeroso, lleno de pretensiones, obstruye
las calles y el salon del Prado, o pasea a lo
largo del Retiro, otro mas llano visita la
casa de las flores, se dirige hacia el río, o
da la vuelta a la población por rondas. No
sé cual es el mejor, pero si escribo: "Un
público sale por la tarde a ver y ser visto;
a seguir sus intrigas amorosas ya empeza-
das, o enredar otras nuevas; a hacer el im-
portante junto a los coches; a darse pisa-
tones, y a ahogarse en polvo; otro público
sale a distraerse, otro a pasearse, sin con-
tar con otro no menos interesante que asis-
te a las novenas y 40 horas, y con otro no
menos ilustrado atendidos los carteles,
que concurre al teatro, a los novillos, al
fantasmagórico Mantilla y al Circo olim-
pico."

Pero ya bajan las sombras de los altos
montes, y precipitándose sobre estos pa-
seos heterojéneos arrojan de ellos a la jente;
yo me retiro el primero, huyendo del
público que va en coche o a caballo, que es
el mas peligroso de todos los públicos; y
como mi observacion hace falta en otra
parte, me apresuro a cesáminar el gusto

del día se vuelve a renovar y trae aparejadas
una porción de discusiones, que trato en
vano de evitar. Por último, este infernal
Soliman se ha hecho para mi matrimonio
una verdadera manzana de discordia. Si no
hiciese mas que ladrar, pase, pero es que
muere.

—Estás loco, contestó Dramord alzando
los hombros. Piensas pelearlo con tu fu-
tura a causa de un perro? En tal caso la
línea de conducta que hay que seguir es
bien sencilla: se le dan dulces al perro has-
ta el día del casamiento, y al otro una bu-
ena pelotilla que lo envíe a reunirse con su
abuelo en los infiernos.

—Ya lo he pensado, y por lo que toca
a esto el mal no es irreparable, pero lo que
me sume en un océano de incertidumbres,
es la conducta de Celestina con este motivo.
Tú sabes que el carácter se revela
bien, sobre todo en las pequeñas cosas. La
vivacidad, el espíritu de contradicción, la
irritabilidad de humor, la violencia diré
también, de lo que me ha economizado
pruebas de algunos días a esta parte, me
sugieren, lo confieso, las reflexiones mas
alarmantes para mi felicidad futura. Si es
asi, antes de la luna de miel, qué será des-
pues!

—La crees mala!

—Mala! no, pero caprichosa si, poco
razonable y voluntariosa, tanto cuanto pue-
do serlo una niña, taimada. Vas a verla,
y me dirás si exajero, porque es muy fran-
ca en sus defectos, y estoy seguro que an-
tes de la noche te dará ocasion de juzgarla.
Tú no piensas en casarte, y con esto te evi-
tas muchos fastidios.

del público en materia de cafés. Reparo
con singular estrañeza que el público
tiene gustos infundados; lo veo llenar los
mas feos, los mas oscuros y estrechos, los
peores, y reconozco a mi público de las
fondas. ¿Por qué se apiñan en el reduci-
do, puerco y opaco café del Principe, y el
mal servido de Venecia, y ha dejado arru-
narse el espacioso y magnífico de Santa Ca-
talina, y anteriormente el lindo del Tivoli,
acaso mejor situados? De aquí infero que
el público es caprichoso.

Empero aquí un momento de observa-
ción. En esta mesa cuatro militares dispu-
tan, como si pelcaran, acerca del mérito de
Montes y de Leon, del volapié y del pasato-
ro; ninguno sabe de tauromaquia; sin
embargo se van a matar, se desafian, se
matan en efecto por defender su opinion,
que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos que no entien-
den de poesía se arrojan a la cara en forma
de alegatos y pedimentos mil dietarios dis-
putando acerca del jénero clásico y del ro-
mántico, del verso antiguo y de la prosa
moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado
el diapasón se disparan mil epigramas en-
venenados, ilustrando el punto para tratado
de la diferencia de la Tossi y de la Lalande
y no se tiran las sillas por respeto al sa-
grado del café.

Allí cuatro viejos en quienes la agotada
fuente del sentimiento, avaros, digá-
moslo así, de su época, convienen en que
los jóvenes del día estan perdidos, opinan
que no saben sentir como se sentia en su
tiempo, y echan abajo sus ensayos, sin ha-
berlos querido leer siquiera.

Acullá un periodista sin periodo, y otro
periodista con periodos interminables, que
no aciertan a escribir artículo que se ven-
dan, convienen en la manera indisputable
de redactar un papel que lleno con su fama
sus gavetas y en la importancia de los re-
sultados que tal o cual artículo, tal o cual
vindicacion debe tener en el mundo que no
los leo.

Y en todas partes muchos majaderos,
que no entienden de nada, disputan de to-
do.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto
con mi sonrisa, propia de un pobre hom-
bre, y con perdon de mi cesáminando: "El
ilustrado público gusta de hablar de lo que
no entiende."

Salgo del café, recorro las calles, y no
puedo menos de entrar en las hosterías y
otras casas públicas; un concurso crecido
de parroquianos de domingo las alborota
merendando o bebiendo, y las conmueve
con su bulliciosa algazara; todas están llenas,
en todas el Yepes y el Valdepeñas
mueven las lenguas de la cocurrencia, co-
mo el aire la veleta, y como el agua la pie-
dra del molino; ya los densos vapores de
Baco comienzan a subirse a la cabeza del
público, que no se entiende así mismo. Ca-
si voy a escribir en mi libro de memorias:
"El respetable público se emborracha;"
pero felizmente rómpele la punta de mi
lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo
aquel lugar propio, para afiliarle, quedase

—Casarme? repuso Dramord, que du-
rante este diálogo habia abierto su balsa
para mudar de vestido; casarme! Vaya!
¡El himeneo es un puerto y yo gusto
del mar. Tú te casas, y haces bien; tu
vientre que viene y tus cabellos que se van,
te anuncian que ha llegado tu hora conyu-
gal, pero yo florezco aun.

—Bella rosa, dijo Teissier con ironía.
En este momento habiendo sacado Dra-
mord un fraje de su balsa, una rosa ama-
rilla y desecada salió de una de las faltri-
queras y cayó al suelo. El jóven la recogió
y la contempló un instante con sorpresa.

—Hablas de rosas, dijo él: he aquí una
que no sabia estuviese en este lugar y que
parece hallada de esprofeso para recordarme
cuan indigno soy aun para pretender
el sacramento del matrimonio. Por atur-
dido que te parezca, mi querido Aristides,
soy en el fondo de una razon admirable.
Una vez casado estoy decidido a amar a
mi mujer, a hacerla feliz, y aun a serle fiel.
Pero para arriesgar esto quiero estar segu-
ro de mi mismo; y me parece necesario,
antes de todo, vaciar la copa de la vida de
soltero, de temor de experimentar la ten-
tacion de tornar a beber; tampoco me dis-
gustaria encontrar en el fondo algunas he-
ces, pues esto daría mas sabor al nectar
conyugal.

—Que tiene de comun esa jerigonza con
esa fea flor amarilla, que sin duda has ro-
bado al sombrero de un viejo de sesenta
años?

—Faa flor! repitió aspirando la rosa
con desecado, ella ha tenido como aquella
de que hablo Ma'herbe, su mañana de vida

tu pectore mi observacion y mi hablatura
Otra clase de jente entre tanto meto rui-
do en los billares, y pasa las noches empu-
jando las bolas, de lo cual no hablaré, por
que esto es de todos los públicos el que
me parece mas tonto.

Abrese el teatro, y a esta hora creo que
voy a salir para siempre de dudas, y cono-
cer de una vez al público por su induljen-
cia ponderada, su gusto ilustrado, sus fa-
llos respetables. Esta parece ser su casa,
el templo donde emite sus oráculos sin
apelacion. Representase una comedia nue-
va; una parte del público la aplaude con
furor, es sublime divina; nada se ha hecho
mejor de Moratin acá; otra la silba despia-
dadamente, es una porquería, es un sainete,
nada se ha hecho peor desde Comella
hasta nuestro tiempo. Uno dice: "Está en
prosa, y me gusta solo por eso; las come-
dias son la imitación de la vida; deben es-
cribirse en prosa." Otro: "Esta en prosa
y la comedia debe escribirse en verso, por
que no es mas que una ficcion para agradar
a los sentidos; las comedias en prosa son
cincuenta caseros, y si muchos las escri-
ben así, es porque no saben versificarlas."

Este grita: "¿Dónde está el verso, la
imaginación, la chispa de nuestros antiguos
dramáticos? Todo eso es frio, moral in-
sípida, lenguaje helado; el clasicismo es la
muerte del jénero." Aquel clama: "¿Gri-
cias a Dios que venos comedias arregladas
y morales! La imaginación de nuestros an-
tiguos era desarreglada: ¡qué tenían! Es-
condidos, tapados, enredos interminables
y monótonos, cuchilladas, graciosos pesa-
dos, confusion de clases, de jéneros; el ro-
manticismo es la perdición del teatro; solo
puede ser hijo de una imaginación enferma
y delirante." Oido esto, vista esta discor-
dancia de pareceres, a qué me canso en
nuevas indagaciones? Recuerdo que La-
torre tiene un partido considerable, y que
Luna sin embargo es tambien aplaudido
sobre esas mismas tablas donde busco un
gusto fijo; que en aquella misma escena
los detractores de la Lande arrojaron co-
ronas ó los Tossi, y que los apasionados
de la Tossi, despreciaron, destrozaron a la
Lande, y entónces ya renuncié a mis espe-
ranzas. ¿Dios mio! donde está ese público
tan indulgente, tan ilustrado, tan impar-
cial, tan justo, tan respetable, eterno dis-
pensador de la fama, de que tanto me han
hablado; cuyo fallo es irrecusable, constan-
te, dirigido por un buen gusto invariable,
que no conoce mas norma ni mas leyes
que las del sentido común, que tan pocos
tienen? Sin duda el público no ha venido
al teatro esta noche; acaso no concurre a
los espectáculos.

Reuno mis notas, y mas confuso que an-
tes acerca del objeto de mis pesquisas, lle-
go a informarme de personas mas ilustra-
das que yo. Un autor silbado me dice cuan-
do le pregunto: ¿quién es el público?
—Preguntadme mas bien cuántos necios se
necesitan para componer un público. — Un
autor aplaudido me responde: — Es la
reunion de personas ilustradas, que deci-
den en el teatro del mérito de las produc-
ciones literarias. —
Un escritor cuando le silban dice que el

y hermosa. Hoy está ajada y descolori-
da, pero a falta de perfume, exhala para
mi un olor, que llamaré filosófico. Ella me
recuerda el sentimiento de mi debilidad, y
aspiro en su contemplacion una leccion lle-
na de sabiduría y moralidad. En una pala-
bra, sabes tú lo que me dices?

—Me tomas por un persa? respondió
Teissier con un toco fastidiado.

—Ella me dice: Mi querido Aristides,
no te cases todavía. . . . Pero seria una
historia muy larga de contar y no quiero
cambiar nuestros papeles. No venido aquí
para ser tu testigo, tu confidente, tu fiel
Páides. A ti el privilegio de las narracio-
nes, amplificaciones, descripciones y otras
divagaciones amorosas. Me he armado de
la paciencia de Job, con que así pecho al
agua. Tú no me has dicho aun si la señorita
Celestina tiene los ojos azules ó negros.

—No, enéntame tu historia; ella me
distrárá tal vez de mis sombrías reflexio-
nes. M. Simart no ha vuelto aun; Cele-
stina anda paseando con su prima, no sé
por donde. Con que así tienes tiempo de
hacerme tu relato antes de comer.

—Sea, replicó Dramord, continuando en
cambiar su vestido de viaje por otro mas
elegante. —Hace como dos meses, que Be-
gruel, que tú conoces, Merville y otros
muchachos de buen humor formamos el
proyecto de ir a divertirnos al baile de la
ópera. Fíjate en esto; divertirte en el bai-
le de la ópera para abrigar semejante pre-
tension era necesario que estuviesemos
borrachos. Así es que lo estábamos, y de-
bo hacer esta confesion en obsequio de la

público no le silbo, sino que fué una in-
triga de sus enemigos, sus envidiosos, y esto
ciertamente no es el público, pero si la crí-
tica los defectos de su comedia aplaudida
llama al público en su defensa; el público
la ha aplaudido; el público no puede ser
injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presumo que el público
está reducido a sus suscritores, y en esto
caso no es grande el público de los perio-
distas españoles. Un abogado creo que el
público se compone de sus clientes. A un
médico se le figura que no hay mas público
que sus enfermos, y gracias a su ciencia
este público se disminuyó todos los días; y
asi de los demás: de modo que concluyo
la noche sin que nadie me dé una razon ec-
sasta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la Gale-
ria fúnebre de espectros y sombras ensan-
grentadas, y las poesías de Salas, ó el que
deja en la librería las Vidas de los espa-
ñoles célebres y la traducción de la Iliada?
¿El que se dá de cachetes por cojer billetes
para oír a una cantatriz pinturera, ó
el que los revende? ¿El que en las épocas
tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó
el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinion pública tan respetable,
hija suya sin duda, ¿será acaso la misma
que tantas veces suelo estar en contradic-
cion hasta con las leyes y con la justicia?
¿Será la que condena a vilipendio eterno
al hombre juicioso que relusa salir al cam-
po a verter su sangre por el capricho ó la
imprudencia de otro, que acaso vale mas
que él? ¿Será la que en el teatro y en la
sociedad se mofa de los acreedores en ob-
sequio de los tramposos, y marca con opro-
bio la existencia y el nombre del marido
que tiene la desgracia de tener una loca u
otra cosa peor por mujer? ¿Será la que
acata y ensalza al que roba mucho con los
nombres de señor ó de horro, y sanciona
la muerte infamante del que roba poco?
¿Será la que fija el crimen en la cantidad,
la que pone el honor del hombre en el tem-
peramento de su consorte, y la razon en la
punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para gran-
dear la opinion de ese público se quema
las cejas toda su vida sobre su bufete el
estudioso é infatigable escritor, y pasa sus
días manteniendo y jesticulando el actor in-
cansable? ¿En qué consiste que se espona
a la muerte por merecer sus elogios el mi-
litar arrojado? ¿En qué se fundan tantos
sacrificios que se hacen por la fama que do-
él se espresa? Solo concibo, y no esplico
perfectamente, el trabajo, el estudio que
se emplean en sacarlo los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me
retiro a coordinar mis notas del día: léolas
de nuevo, renno mis ideas, y de mis obser-
vaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el
pretexto, el tapador de los fines particula-
res de cada uno. El escritor dice que em-
borrona papel, y saca el dinero al público
por su bien y lleno de respeto hacia él. El
médico cobra sus curas equivocadas, y el
abogado sus pleitos perdidos por el bien
del público. El juez sentencia equivocada-
mente al inocente por el bien del público.

verdad. Cuando digo borracho, no voyas á
equivocarte; no hablo de aquella borrache-
ra de mal gusto de la orgia inmóvil y ple-
beya, sino de esa alegre exaltacion, de esa
turbulenta beatitud, en que una escelento
comida rociada por vino de Champaign
puede montar una media docena de jóvenes
en perfecta salud física y moral.

En esta disposicion marcialmente atur-
dida, entramos a la ópera con la cabeza y
la palabra bien alta, las mejillas encendi-
das, codeando a los hombres y dirigiendo a
las mujeres galanterías carnavalescas, en
una palabra, buscando aventuras como el
lobo de la fábula, pero menos excusables
que él, que al fin estaba en ayunas. Sabrás
que contra las habitudes de aquel lugar nos
habia parecido muy enocho ponernos bigo-
tes de corcho quemado, y que prendados
de esta graciosa idea, Merville y yo nos
habiamos puesto un par de narices posti-
zas que nos hacia desconocidos. Creo que
nos tomaron por algunos sastres de esca-
leras abajo, lo que contribuyó sin duda á
que nadie nos buscara camorra, y que pu-
diésemos dar rienda suelta a nuestra im-
pertinente alegría.

Por lo que toca á mi, pronto me fastidié
de aquella diversion. Avergonzado de mi
nariz, como aquel principe de las mil y una
noches que se veia obligado a envolver la
suya, pero no atreviéndome a quitarla por
no ser conocido dejé el salon y subí a los
corredores, aplicando sucesivamente mi ca-
beza á cada uno de los ojos de buoy. Con-
tinué de galería en galería esta ocupacion
bastante tonta, y acabé por detenerme á la
puerta de un palco de la tercera.

FOLLETON.

LA
ROSA AMARILLA.
TRADUCCION
DE BARTOLOMÉ MITRE.

(Empieza en el número 181.)

—Amado á nadie.
—Excepto á Soliman.
—Conoces á Soliman? exclamó Teissier
cicundo un movimiento, te ha mordido!
—Al contrario, soy yo quien lo he apa-
rado.
—Que el cielo te bendiga! Esta vez has
puesto el dedo sobre la llaga; ese maldito
animal es el origen de todos mis disgustos.
—Como así?
—Tú sabes cuanto detesto á los anima-
les en general, y particularmente á los per-
ses. Este sin duda ha leido en mi fisono-
mia, por que desde que estoy aquí, me
manifiesta un odio mortal, y no pierde una
ocasion de abalanzarse á las piernas. La
primera vez me sonreí, la segunda vez de-
hacer un gesto, pero la tercera pedí que
Soliman fuese acedido en su casilla. M. Si-
mart hubiese accedido de buena gana á mi
solicitud, pero la señorita Celestina tomó el
partido de Soliman, y me reprochó el que-
rer privar injustamente de su libertad,
y trató de darme de corazon; de hombre sin
complicencia, de alma insensible. Hice
una semana que dura esta pelea. Cada

por-

a de
Her-
úm.

nen-
a la

men-
a la
en el
o do
ostas
man-
para
s do
ases,

nú-
do la
tado,
a va-
para
o, ga-
punti-

artas,
itaso-
y una
vista.
ios do
e.
uana.
y me-

1 gru-
3009

o de la
mejor
meno-

58.
se que-
has ar-
zozos de
ado en
s aji en
idos; y

edifica-
número
26 de
jas y 3
ecina, y
jos, son
dos, la
empa-
por una

on y la
r. Men-
to de la
r sin re-
aras de
aciones,
dulce,
en buen
ormarse
currir al
Corrito

—